



2015
AÑO DE LAS VOCACIONES HOSPITALARIAS

“La conversión”

Oración del Mes
Enero 2015

1.- Introducción

Escuchar la voz de Dios, exige una llamada que implica movimiento, cambio, desacomodarnos de nuestros hábitos, y desinstalarnos para buscar la voluntad del Señor. Escuchar su voz implica responder a su llamado, y descubrir una opción de vida en la cotidianidad. Esa respuesta nace de la experiencia creyente, como un llamado, en primer lugar a vivir la fe, personal y comunitaria, para luego descubrir una vocación de servicio, desde la conformación de un hogar y una familia, o desde la vocación de servicio consagrada. De esta manera la realidad de la vocación en el ser humano, es un dinamismo profundo de su ser, que se gesta, se desarrolla y se madura. La llamada que hace Jesús invitando a sus discípulos a seguirlo, es el ejemplo de una vocación que reclama un seguimiento, radical para dejarlo todo, y con Él, ganar mucho más, así, les permite a sus discípulos tener unos hábitos nuevos, en la misma vida y cotidianidad. La Vocación implica asumir una vida nueva, implica un cambio cardinal en la persona.

En el libro del Génesis encontramos un ejemplar texto, que invita a reconocer las particularidades de Abraham y lo que implica el salir de su tierra para buscar la novedad de la invitación de Dios, pero a su vez le genera a Abraham cambios en su fe, en sus confianzas pasajeras, para dejarlo todo,

solamente con la esperanza de creer en Dios. La Vocación de Juan Ciudad, se da a partir del momento en que escucha las impactantes reflexiones del maestro Juan de Ávila el día de la fiesta de San Sebastián. Le afectó de manera especial su comentario a Lc. 6,17-32 (Las bienaventuranzas), del cual siente su llamado al servicio de Dios. Este llamado demanda ese proceso de dejarlo todo, e implicó una búsqueda de la tierra prometida, del lugar donde, tanto la fe de Juan de Dios como su vida cambiarían totalmente. Juan de Dios salió de su tierra natal para buscar la tierra prometida por Dios, la Granada que le ofreció a Juan de Dios la transformación y de su vida y la salvación, como también que el don de la Hospitalidad se multiplicara por todo el mundo como fermento en la masa.

2.- Canto

3.- Salmo: “Salmo del hombre abierto a la voluntad de Dios”

Hoy, Señor, me presento ante ti
con todo lo que soy y lo que tengo.
Acudo a ti como persona sedienta, necesitada...
porque sé que en ti encontraré respuesta.
Siento que no puedo vivir con la duda todo el
tiempo y que se acerca el momento de tomar una
decisión.

Deseo ponerme ante ti con un corazón abierto
como el de María, con los ojos fijos en ti
esperando que me dirijas tu Palabra.
Deseo ponerme ante ti como Abraham,
con el corazón lleno de tu esperanza,
poniendo mi vida en tus manos.
Deseo ponerme ante ti como Samuel,
con los oídos y el corazón dispuestos a escuchar
tu voluntad.

Aquí me tienes, Señor,
con un deseo profundo de conocer tus designios.
Quisiera tener la seguridad
de saber lo que me pides en este momento;
quisiera que me hablaras claramente, como a
Samuel.

Muchas veces vivo en la eterna duda.
Vivo entre dos fuerzas opuestas que me provocan
indecisión y en medio de todo no acabo de ver
claro.

Sácame, Señor, de esta confusión en que vivo.
Quiero saber con certeza el camino que tengo
que seguir.
Quiero entrar dentro de mí mismo
y encontrar la fuerza suficiente
para darte una respuesta sin excusas, sin
pretextos.

Quiero perder tantos miedos
que me impiden ver claro
el proyecto de vida que puedas tener sobre mí.

¿Qué quieres de mí, Señor? ¡Respóndeme!
¿Quieres que sea un discípulo tuyo
para anunciarte en medio de este mundo?
Señor, ¿qué esperas de mí? ¿por qué yo y no
otro?
¿Cómo tener la seguridad de que es este mi
camino y no otro?

En medio de este enjambre de dudas
quiero que sepas, Señor, que haré lo que me
pidas.
Si me quieres para anunciar tu Reino, cuenta
conmigo, Señor.
Si necesitas mi colaboración
para llevar a todas las personas con las que me
encuentre hacia ti,
cuenta conmigo, Señor.

Si me llamas a ser testigo tuyo de una forma más radical como consagrado en medio de los hombres, cuenta conmigo, Señor.
Y si estás con deseos de dirigir tu Palabra a mi

oídos y a mi corazón,
habla, Señor, que tu siervo escucha.

4.- Lectura bíblica:

“Un día el Señor dijo a Abram: a “Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre, para ir a la tierra que yo te mostraré. Con tus descendientes formaré una gran nación; te bendeciré y te haré famoso, y serás una bendición para otros. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan; por medio de ti bendeciré a todas las familias del mundo.” Abram salió de Harán, tal como el Señor se lo había ordenado. Tenía setenta y cinco años cuando salió de allí para ir a la tierra de Canaán.

Con él se llevó a su esposa Sarai y a su sobrino Lot, y también todas las cosas que tenían y los esclavos que habían adquirido en Harán. Cuando llegaron a Canaán, Abram atravesó toda la región hasta llegar a Siquem, donde está la encina sagrada de Moré. Los cananeos vivían entonces en aquella región. Allí el Señor se le apareció y le dijo: “Esta tierra se la voy a dar a tu descendencia.”

Entonces Abram construyó un altar en honor del Señor, porque allí se le había aparecido. Luego se fue a la región montañosa que está al este de la ciudad de Betel, y allí montó su campamento. Betel quedaba al oeste de donde él había acampado, y la ciudad de Ai al este. En aquel lugar construyó Abram otro altar, e invocó el nombre del Señor. 9 Después siguió su camino poco a poco, hacia la región del Négueb”.

Genesis 12,1-9

5.- Reflexión

En un primer momento tenemos que decir que, el texto de la llamada a Abraham, tiene un fundamento histórico sobre las costumbres y prácticas de las Tribus nómadas, que ejercían un radical cambio y movimiento de estancia, no pertenecen sino el tiempo posible a un lugar, y siempre están en busca de nuevas oportunidades, sobre todo de lugares mejores donde puedan acampar y encontrar los medios necesarios para vivir su familia y sus rebaños. Es un tiempo de movimientos y cambios, para ir en busca de algo siempre nuevo. Este hecho determina un proceso de terminación de las costumbres de una etapa primitiva, para iniciar una etapa de salvación desde las promesas de Dios: de la esterilidad surge la vida; desde la salida inicia una conquista nueva, el futuro de los descendientes; de la tierra que deja, Dios le mostrará otra; por su familia, Dios le dará un pueblo; por su nombre le dará un sinónimo de

bendición; Dios estará siempre de su parte, su nombre será invocado en la tierra prometida; y al llamado, Abraham, responde con su obediencia.

Esta es la gracia que da Dios a todo aquel que escucha su voz, y responde con obediencia. A ejemplo de nuestro padre en la fe, y testimonio de plena confianza en Dios, Juan Ciudad, también se lanza a responder con obediencia vocacional, la llamada de Dios, lo deja todo: deja de llamarse Juan Ciudad, para ser Juan de Dios, como signo de pertenencia; deja su pueblo para llegar a la ciudad, deja su familia, para tener muchos hermanos, así lo expresan las fuentes:

Juan Ciudad experimentó el vacío y descubrió la plenitud de Dios, después de fracasar en sus primeras andanzas como soldado; cayó derribado en tierra, amenazado y sin más socorro que aquel que pudiera venirle del cielo. Fracasó en el ejército cuando un militar superior lo condenó a ser ahorcado en un árbol, por perder un botín que le robaron; y, aunque no fue ejecutado, si fue expulsado del campamento dejándole en la mayor pobreza. Después de nueve años de silencio, Juan se enroló de nuevo en el ejército del Emperador para luchar contra los turcos. Regresó de Viena y desembarcó en la Coruña. La proximidad a su tierra despertó en él la nostalgia de sus padres, de quienes había sido arrancado a los ocho años pero su pena fue más grande cuando supo que habían muerto. Se quedó solo y se sintió vacío.

Se marchó posteriormente a Ceuta, y trabajó en la fortificación de las murallas para socorrer a una familia enferma. Superó una profunda crisis espiritual con la ayuda de un fraile docto que le mandó expresamente abandonar aquella tierra y regresar a la Península. Se trasladó a Granada donde tras la venta de libros pudo escuchar las impactantes reflexiones del maestro Juan de Ávila el día de la fiesta de San Sebastián. Le afectó de manera especial su comentario a Lc. 6,17-32 (Las bienaventuranzas), del cual siente su llamado al servicio de Dios:

Acabado el sermón salió de allí como fuera de sí dando voces, pidiendo a Dios misericordia (...) hasta llegar donde tenía la tienda y caudal (...) echó mano de los libros que tenía y dábalos libremente de gracia al primero que se los pedía por amor de Dios(...) y todo lo demás que en su casa tenía(...) En breve tiempo, quedó sin caudal y desnudo de todos los bienes temporales, porque no paró sólo en eso, sino los vestidos que tenía encima de sí dio también(...) Y así, desnudo, descalzo y descaperuzado, siguió otra vez por las calles más principales de Granada dando voces, queriendo desnudo seguir al desnudo Iesu Cristo y hacerse del todo pobre por el que siendo la riqueza de todas sus criaturas se hizo pobre por mostrarles el camino de la humildad. (Camino de Hospitalidad)..

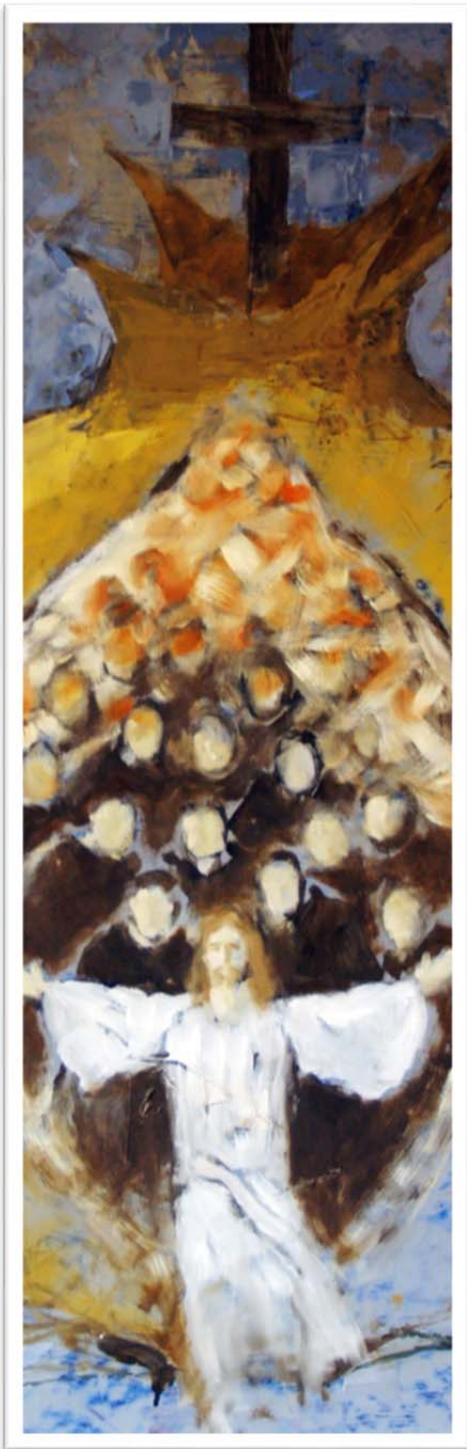
6.- Oración universal

Conscientes de que solo en Cristo podemos encontrar la verdadera libertad, presentémosle, nuestras oraciones intercediendo por todos los necesitados, mientras respondemos escucha nuestra oración.

1. – Oremos a Dios pidiendo por nuestra Familia Juandediana, para que en medio de los nuevos desafíos del mundo, seamos testigos de nuestra vocación de servicio y de obediencia a Dios, para dejarlo todo por cuidar de los demás.
2. Oremos a Dios para que como hospitalarios, seamos capaces de encarnar cada vez con más profundidad los sentimientos de Cristo hacia el hombre enfermo y necesitado, y a manifestar gestos de misericordia, y acogida con amor.
3. Oremos a Dios para que nuestro carisma hospitalario sea cada día la esperanza que anima a dejarlo todo, y dedicarnos con gozo a la asistencia de quien sufre, con las actitudes y gestos de hermano hospitalario.

7.- Padre nuestro.

8.- Oración final.



ORACIÓN POR LAS VOCACIONES HOSPITALARIAS

Dios, Padre nuestro,
en este año vocacional - hospitalario
ponemos en ti nuestra confianza,
y depositamos en tus manos bondadosas
nuestras dificultades, ilusiones y esperanzas.

Que el amor que tú has derramado
en nuestros corazones
nos haga ser más hospitalarios,
acogedores y misericordiosos,
sensibles al sufrimiento de nuestros hermanos.

Renueva en nosotros
la llamada a seguir a Jesús, tu Hijo y
haz que comprendamos que vale la pena
entregar la vida por el Evangelio,
en el servicio y amor
a nuestros hermanos pobres y enfermos.

Acoge Señor, nuestra alabanza
y nuestra oración,
para que los jóvenes,
a ejemplo de María,
Madre de la Hospitalidad
sean premurosos en su sí,
y se incorporen con alegría
a la misión a la que tú los convocas
en nuestra familia Hospitalaria.

Concédenos generosidad y prontitud en la respuesta,
y haz que como San Juan de Dios
seamos portadores de vida, salud y esperanza
para todas las personas con quienes recorreremos
el camino de la vida.

Amén.